

## Laicismo y religiones

En todas las épocas los humanos se enfrentaron a la gran pregunta "¿de dónde venimos?" y a la terrible realidad de su impotencia ante los elementos de la naturaleza y al miedo a la muerte. Para conjurar sus miedos e intentar domesticar la hostilidad del fuego, el tumulto de las aguas, la ferocidad de los animales e incluso de los otros hombres, los seres humanos inventaron los primeros dioses.

Estos dioses eran el sol, las estrellas del cielo, la montaña, el bosque, el mar... seres al parecer inmortales e invencibles, tan peligrosos pero también tan potentes y tan necesarios, fuentes de vida y de muerte. A estos dioses, los seres humanos primitivos prestaron sentimientos, intenciones. Se imaginaban hablarles y poder ser oído por ellos. Les enviaron los primeros rezos y les ofrecieron sacrificios para favorecer sus buenas intenciones.

Así nacieron las primeras religiones.

A los dioses bárbaros y crueles de las tribus primitivas sucedieron otros dioses más elaborados, más «humanos», en la cultura de hombres más informados. ¡Inconscientemente, los hombres creaban dioses a su imagen y a su semejanza, les prestaban toda la sabiduría de la que soñaban, toda la potencia de las que habrían querido disponer y por supuesto la inmortalidad!

La imaginación de los hombres y la tradición construyeron la historia de los dioses. Cada pueblo tenía los suyos y todas las aspiraciones de los seres humanos, todas las angustias, todas las pasiones, el amor, el odio, la necesidad de conquista, la soberanía, la fecundidad, así como el placer y el sufrimiento, todo esto se los prestaban a los dioses cuyas historias se enriquecían de mil relatos y de mil de prodigios aún más enriquecidos por los sacerdotes encargados de su historia y que poco a poco se imponían como los intermediarios entre estos dioses y los hombres.

A menudo, los vencedores imponían sus dioses a los vencidos según la suerte de las batallas. Así, dioses "se morían" a su vez cuando nadie los honraba y que todos los olvidaban, a veces hasta su nombre.

Del cuarto milenio antes de nuestra era, hasta el primer siglo de la era cristiana, una gran civilización surgió en Egipto. De esta civilización quedan hoy las pirámides, templos monumentales, obeliscos, sarcófagos, momias, joyas de toda belleza, la escritura jeroglífica y una mitología muy rica. Una parte de la sabiduría y de la ciencia de los Egipcios y sus símbolos se transmitieron a otros pueblos y fertilizaron otras civilizaciones. Pese a ello, ninguno de los dioses del viejo Egipto: Isis, Osiris, Eleusis, Horus, venerados durante más de cuatro mil de años por millones de hombres y mujeres, durante decenas de generaciones, no sobrevivió a la conquista romana. Ya nadie en el mundo honra hoy a estos dioses de una religión muerta, como nadie más honra ni a los dioses griegos que eran Zeus, Aphrodite, Poséidon, ni a sus sucesores romanos, Apolo, Junon, Neptune, divinidades igualmente muertas.

¡ Por otra parte los grandes dioses egipcios casi se mueren antes de hora! En el siglo XIV antes de nuestra era, un faraón llamado Aménophis IV decidió imponer a su pueblo un único dios, Aton, dios del astro solar. Aménophis IV, conocido bajo el nombre de Akhenaton, estaba convencido de que la divinidad no podía dividirse en todos estos personajes de la mitología tradicional, todos rivales y a menudo luchando unos contra otros. Para Akhenaton, solo debía existir un único dios y éste no podía ser otro que el astro solar, fuente de toda luz y de toda vida... Pero el faraón no pudo sin embargo imponer esta idea ni contra la voluntad de los potentes del imperio y de los sacerdotes, ni contra las creencias ancestrales del pueblo. La idea de un dios único desapareció pues en Egipto al mismo tiempo que el corto reino de Akhenaton.

Esta idea de un solo dios iba pese a ello extenderse posteriormente gracias a los hebreos. Un siglo después de Akhenaton, el hebreo Moisés y sus contemporáneos de regreso de Egipto escribían los primeros capítulos de la Biblia y proponían a los judíos el decálogo (diez mandamientos) siendo el primero « un solo dios amarás » por referencia al dios de Abraham, de Isaac y de Jacobo.

Sigue siendo este mismo "único" dios que los cristianos hicieron suyo descubriéndole al mismo tiempo un hijo, Jesús, y un tercer personaje, llamado el "Santo-Espíritu".

Y es a cada vez este mismo "único" dios que adoptó Mahomet, creador del islam: el Allah de los musulmanes, el dios de los cristianos y el de los judíos son pues el mismo dios.

Según la leyenda de los judíos, de los cristianos y musulmanes es este mismo dios que según la mitología, creó en siete días el cielo, la tierra y luego Adán y Eva, los primeros humanos.

En Asia, otras religiones y otras tradiciones se han desarrollado. Para los hinduistas (cuyos primeros textos datan de 1500 años antes de nuestra era) y los budistas la divinidad tomó otras formas. Al origen, los habitantes de la India veneraban a Indra, el potente dios del cielo y Varuna que reinaba sobre el orden del mundo. Más tarde, se impuso una clase de Trinidad compuesta de Brahmâ, creador del universo, Vishnu garante de su conservación y Shiva, principio de destrucción. El hinduismo y el budismo ambos están basados en la creencia que toda muerte va seguida de un renacimiento. El Buda predica no obstante la necesidad de romper esta cadena por la "vía de la entrega" que permite descubrir la realidad ocultada detrás de las apariencias y liberarse de las ilusiones, de las pasiones y de los dolores... Sola esta "vía" permite según Buda alcanzar la beatitud del nirvana.

En todos los tiempos y en todas las civilizaciones, los dioses o « el » único dios están íntimamente vinculado a la cuestión del más allá.

¿Que pasa después de la muerte ? Todos vemos que alrededor nuestra, los seres humanos, los animales, las plantas, todo lo que vive, crece, envejece, termina muriéndose. No es fácil aceptar que la muerte sea un final definitivo y que no hay nada « después »... Y como nunca nadie ha vuelto a la vida para contarnos lo que había « después », siempre hubo sitio para la imaginación en este tema.

Sabiendo que la angustia de la muerte y la cuestión de saber lo que pasa después de la muerte siempre ha estado a la base del nacimiento de todas las religiones, todas estas proponen

respuestas que van en el sentido de lo que los humanos queremos oír : respuestas que les dejan pensar que son inmortales.

Según las religiones y las tradiciones esta inmortalidad de los hombres toma la forma de resurrección (según esta creencia, aquél que muere va a encontrar la vida en otro mundo) o la forma de reencarnación (según esta creencia, aquél que muere va a volver a la vida en este mismo mundo, pero reencarnado en otra persona o en un animal)...

Los dioses, el dios único, la resurrección, la reencarnación, todo esto son bonitas historias. Pero las historias las mas bellas no son inevitablemente historias verdaderas. Hoy en día, muchos hombres, mujeres y niños en el mundo creen en dioses o en un único dios y están convencidos de que las historias que les han contado con respecto a Dios, Jesús, Buda, Allah son historias verdaderas. Es su derecho en pensarlo. Siempre que no fuerzen otros a creer en sus historias.

Es también su derecho creer que van a resucitar un día o que van a reencarnarse en bebé, en pájaro o en mariposa. Pero nunca jamás nadie ha podido demostrar que estas historias fantásticas eran verdaderas.

Al contrario, lo que sí es cierto es que las creencias extendidas por las religiones son muy a menudo una manera de mantener los hombres, las mujeres, los niños en la dependencia de los que se pretenden depositarios de la palabra de dioses y esto con tanta facilidad cuando sabemos que nunca se ha visto uno sólo de estos dioses venir a callar los impostores que hablan en su nombre.

Resumidamente, a falta de hechos comprobables que vuelven creíble la existencia de un dios, permanecemos con las mismas preguntas que al principio: ¿de dónde venimos y hay algo después de la muerte?

Crear que el universo-tierra, animales y humanos incluido sería una creación de dioses o de un único dios no soluciona por otra parte el enigma: ¿si todos venimos de un dios creativo, este dios entonces de dónde viene? Si este dios existe desde todas las épocas, también hay que admitir que el universo y la materia existen desde todos los tiempos, sin principio ni fin. En 1859, el naturalista inglés Charles Darwin proponía la teoría de la evolución, sugiriendo que todas las especies animales, así como los seres humanos, provienen los unos de los otros, el hombre y el mono viniendo de un antepasado común, el mismo derivado de especies más primitivas que así han evolucionado en el transcurso de millones de años, de mutación aleatoria en mutación aleatoria. Los mejor adaptados al entorno y los más « competitivos » han sumplantado peor adaptados. Lo que era, al principio, solo era una teoría, se ha visto confirmado por las investigaciones y descubrimientos antropológico, biológicos y físicos que siguieron. De esta manera, hoy sabemos que el *homo sapiens* (el ser humano tal como lo conocemos) ha aparecido hace alrededor de 120.000 años (o sea 114.000 años antes de la creación legendaria de Adán y Eva, según los cálculos del arzobispo y teólogo irlandés (1581-1656) quien “había establecido”, por el cálculo de las generaciones de la Biblia, la creación en 4004 antes de JC). Nuestra antigua “prima” Lucy, más viejo humano descubierto hasta ahora, vivió en África hace tres o cuatro millones de años.

En cuanto a los dinosaurios, aparecieron por primera vez, hace 220 millones de años para desaparecer definitivamente 160 millones de años más tarde, pues mucho antes de nuestra vieja prima Lucy.

El descubrimiento de la radiactividad, a principios del siglo XX, vino a proporcionar la herramienta que permitió datar la formación de la Tierra a 4,55 mil millones de años, lo que es también la edad aproximada del sistema solar. También, los astrónomos pudieron poner de relieve el nacimiento de nuevas estrellas y también la desaparición de antiguas estrellas.

Los descubrimientos científicos nos permiten hoy considerar que si existe una única cosa “inmortal” podría ser la materia y la energía quienes componen todo lo que existe sobre tierra y en el espacio. En realidad, es sin ninguna duda la idea que deba existir un principio y un final en el conjunto del universo que es una idea seguramente falsa, porque somos incapaces de imaginar concretamente el infinito en el tiempo y en el espacio.

El pensamiento liberado del fantasma del divino no es un reciente descubrimiento. Hunde sus raíces muy alto en la historia de filosofía. Y, en particular, en los Griegos.

Todo comienza en Ionia en el siglo VI. Allí, pensadores precursores, desviándose de la explicación del mundo proporcionada por los mitos se ponen a buscar en los fenómenos naturales una explicación aceptable para la razón. Por la observación, el razonamiento, al aplicar un planteamiento de tipo científico, desarrollan teorías sobre el origen del mundo y su porvenir. Así pues, se esfuerzan en entender el hombre, el mundo que los rodea y sobre todo la relación los uno con los otros. Por sus reflexiones, van a cambiar la manera de ver la relación del hombre en el mundo. A su consecuencia, la crítica se volverá en el motor del pensamiento. Durante los siglos que siguen, numerosas escuelas filosóficas aparecen y desarrollan su enseñanza propia.

Así pues, Epicure, para quien “mientras existamos, la muerte no es y cuando la muerte está aquí, ya no somos”. Liberado de dioses, substituye a su adoración la búsqueda de la felicidad que propone una realización terrestre al hombre: “Por lo que se refiere a los dioses, no hay nada que temer. Del mismo modo, no hay nada que temer de la muerte. El ser humano es capaz de ser feliz. Puede soportar los dolores de la existencia. “ La difusión de su pensamiento será importante en el mundo griego así como en el mundo romano que alcanzará todas las clases sociales. Más tarde, en Roma, el poeta Lucrece dará la exposición más completa de su doctrina en su obra *De rerum natura*. Los Escépticos, por su parte, se distinguen en lo que dan una definición positiva de la duda, que consideran como el soberano del bien. El más conocido, Pyrrhon, introduce la idea *que es imposible conocer la menor verdad y que es necesario pues suspender su juicio*. Todos estos pensadores no son necesariamente ateos ni incluso irreligiosos, pero no conformistas, ciertamente. Sin embargo, algunos van más lejos. Por ejemplo, para Diagoras de Melios, la creencia en dioses nació del temor de los hombres ante los fenómenos naturales. O también, Protagoras d'Abdère (480-410), figura de proa de los Sofistas, que le valdrá una condena por impiédad por parte de los atenienses. Para él, el hombre es medida de toda cosa. Se le considera, hoy día, como el primer agnóstico autoproclamado.

Para terminar, es imposible silenciar la contribución esencial de Sócrates (470-399). A la base de su planteamiento filosófico, una fórmula: "Sólo sé una cosa, es que no sé nada". Para él, la verdad está en cada hombre, necesita encontrarla y expresarla. Su pensamiento se considera como fundador del humanismo philosophique.

Y que podemos hacer frente a la angustia de la muerte?

Pues sí, todos vamos a morir un día u otro .

Sí, me voy a morir como mis abuelos, como mis padres, al igual que todos los humanos, al igual que todos los animales, al igual que todas las plantas.

Sí, vamos a morir un día, como la religión de los Egipcios, la de los Griegos y de los Romanos y al igual que todos los dioses que se mueren un día u otro.

Vamos a morir como los individuos, y también como las especies que desaparecieron de la tierra como los dinosaurios, como la propia tierra y como el sistema solar y sus planetas que "nacieron" un día y desaparecen algunos millones de años más tarde. No es contandonos historias que vamos a cambiarlo.

Para calmar el miedo de los niños pequeños se les cuentan fábulas para distraerlos y dormirlos. Pero todo el mundo tiene el derecho a saber que nadie es inmortal.

¿Es algo triste?

Sí es triste para los que estamos vivos perder a alguien que amabamos mucho.

Es terriblemente triste perder a una madre o a un padre.

Es muy triste perder a un amigo.

Es incluso triste perder a un animal familiar.

Pero la vida sigue y siempre hay un día siguiente para los que permanecen, con otras alegrías y también el recuerdo vivo de el que ya no está.

¿Y mi propia muerte?

¡En primer lugar, si no hay nada después ni siquiera estaré triste por mi propia muerte! Y saber que mi vida no durará siempre sólo da más peso a lo que hago hoy. ¡Esta vida es tan importante, porque sólo tengo una y que no durará siempre, esto es lo importante!

Y las verdaderas preguntas son: ¿Qué voy a hacer de mi vida? ¿A que, a quien va a servir? ¿Tengo razones de estar orgulloso de lo que hago de mi vida? ¿Qué sentido voy a darle?

El laicismo es la conciencia de que tú como yo, somos responsables de nuestras vidas y de lo que hacemos con ellas.

Es la conciencia de que las respuestas a todas nuestras preguntas no vendrán ni de los dioses, fruto de la imaginación de los hombres, ni de la magia, sino de la investigación honesta que podemos llevar a cabo con todos los otros humanos, nuestros hermanos, creyentes e increyentes, religiosos, agnósticos y ateos. Es retirar de todas las religiones y tradiciones los elementos dispersos de la sabiduría humana dejando aparte las supersticiones y las supuestas revelaciones.

Es la conciencia de que la verdad es siempre muy difícil de delimitar y de que es necesario renunciar sin cesar a las certezas.

Es rechazar las "verdades" todas hechas y ser capaz de cuestionarse.

Es aceptar que otros piensan y viven diferentemente y es reconocer que un mundo de paz sólo es posible con la aceptación de estas diferencias.

Es buscar la manera de vivir juntos en el respeto recíproco.

Es favorecer la emancipación de cada uno en la solidaridad.

Es asumir sus responsabilidades en el grupo y en la sociedad.

Es ser capaz de rebelarse ante la injusticia.

Es gozar de la vida. Es amar y sonreír.

Es una historia sin magia, pero es una bonita historia a pesar de todo...